

## PUBLICACIONES COMENTADAS

FOUCAULT, Michael. "La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina". *Educación Médica y Salud*. 10(2):152-169 1976

Orlando Sáenz Zapata\*

Este artículo de Michel Foucault apunta en primer término a discutir las tesis de Iván Illich y los antimédicos sobre la "crisis actual de la medicina". Para él, estos autores tienen el mérito de haber señalado a la opinión pública mundial el problema del funcionamiento de las instituciones del saber y el poder médico aunque, en definitiva, no logran plantear esta cuestión en los términos apropiados.

En efecto, la tesis principal de Foucault en este artículo es que la "crisis actual" de la medicina es en un mito, es un concepto falso, fundamentalmente en el sentido de su actualidad. Porque, en realidad, la "crisis actual" de la medicina no es más que la exacerbación de un conjunto de aspectos contradictorios del modelo de desarrollo de la medicina moderna que surgen desde el momento mismo de su "despegue" en el siglo XVIII.

Por lo tanto, el verdadero problema que se plantea no es la disyuntiva entre medicina o antimedicina, no es el de si se debe continuar o no con la medicina. Según Foucault, el problema fundamental es el de saber cuál fue el modelo de desarrollo médico de las sociedades europeas a partir de los siglos XVIII y XIX cuyas contradicciones se agudizan actualmente. Sólo el conocimiento de las condiciones del "despegue" sanitario que le da origen y de las características del modelo médico desarrollado permitirán determinar en qué medida se puede corregir éste y, lo que es aún más importante para nosotros, en qué medida puede ser utilizado en sociedades dependientes como las latinoamericanas.

\* Sociólogo con postgrado en Desarrollo Urbano. Profesor, Facultad de Enfermería e Investigador del Centro de Investigaciones de las Ciencias Sociales (CENICS), Universidad de Antioquia.

Para ésto es necesario reconocer previamente que la medicina no es una ciencia pura. Ella hace parte de un sistema histórico en el que establece complejas relaciones con la economía, la política y la sociedad. En esta red de interrelaciones la medicina se constituye en una práctica social específica de la cual interesa conocer su origen y desenvolvimiento histórico recientes.

Esta es, precisamente, la tarea a la que se aboca Michel Foucault. Su interés primordial es el de investigar las características de la evolución histórica de la medicina moderna que hoy se manifiestan como los elementos de una "crisis".

Para Foucault, la moderna medicina científica nace a fines del siglo XVIII. En este siglo se produce el "despegue" del modelo médico que aún hoy continúa desarrollándose. Este modelo se caracteriza fundamentalmente por una estatización y una socialización de la práctica médica. Obviamente también pueden señalarse otras características de relativa importancia. Pero, en última instancia, todas ellas están determinadas por el carácter estatal y colectivo que la medicina asume desde el siglo XVIII. Tal hecho es lo que permite a Foucault hablar del estado moderno como una "somatocracia" en el sentido de que es precisamente éste quien asume la tarea de cuidar del cuerpo del individuo como uno de sus grandes objetivos.

Una clara expresión de esta tendencia es el plan Beveridge, elaborado en Inglaterra en 1942, y tomado como modelo de organización de la salud por muchos otros países. Dicho plan tiene para Foucault un gran valor simbólico pues representa la formulación de un nuevo derecho, una nueva moral, una nueva economía y una nueva política del cuerpo.

Sin embargo, todo ésto no significa más que la consolidación de un proceso que se venía desarrollando de manera contradictoria desde el siglo XVIII. De la descripción de este proceso se ocupa Foucault encontrando tres grandes características.

La primera es la separación o distinción entre la científicidad de la medicina y la positividad de sus efectos o, más claramente, entre la científicidad y la eficacia de la medicina. Porque, a pesar de su carácter científico, la medicina moderna siempre ha tenido efectos negativos, que muchas veces se traducen en la muerte de los individuos que a ella se someten.

Al respecto, Foucault distingue básicamente dos etapas en el proceso de desarrollo de la medicina. Hasta tiempos recientes los efectos negativos eran registrados en el campo de la ignorancia, ya sea del médico o de la medicina misma. Pero desde comienzos del siglo XX los efectos nocivos de la medicina son un resultado más de su saber que de su ignorancia. Debido a su amplio desarrollo como ciencia, el riesgo médico se ha hecho mucho mayor. El saber médico se ha vuelto peligroso ya no sólo por sus consecuencias in-

mediatas en el individuo o en grupos de individuos sino incluso a nivel de la propia vida y de sus acaecimientos fundamentales. La intervención de la medicina a nivel biológico ha establecido así una nueva dimensión, un nuevo campo que debe ser analizado: la biohistoria.

La segunda característica de la medicina moderna como práctica social es el fenómeno de la medicalización indefinida. Desde sus comienzos la práctica médica ha superado ampliamente su campo de acción tradicional. La enfermedad y la demanda del enfermo dejaron de ser los límites a los que se reducía la intervención médica. Muchos otros fenómenos como la sexualidad, el comportamiento de los individuos, el medio ambiente y la salud misma, pasaron a ser objeto de la medicina.

Así, frente a un número cada vez mayor de objetos, la medicina asumió una posición autoritaria y de imposición que ha llevado a una situación en la que los médicos prácticamente han inventado hoy una nueva sociedad, ya no de la ley, sino de la norma. La sociedad de este siglo no se rige ya por los códigos sino por la perpetua distinción entre lo normal y lo patológico.

En el proceso que condujo a esta situación Foucault distingue cuatro grandes momentos. El primero de ellos fue la aparición de una autoridad médica en el sentido de un poder social que podía tomar decisiones en el campo sanitario y que constituye la manifestación de lo que los alemanes llamaron la medicina del estado. El segundo fue la ampliación del campo de intervención de la medicina a objetos distintos de las enfermedades como el agua, el aire, los desagües, etc. motivada por las exigencias de la rápida urbanización de la sociedad. En tercer lugar la introducción del hospital en calidad de aparato de medicalización colectiva. Y, finalmente, la introducción de mecanismos de administración médica tales como registro de datos, comparación, establecimiento de estadísticas, etc..

A través de estos procesos la medicina abarcó pues otros campos distintos de las enfermedades y con arreglo a un sistema de relaciones no regido por la demanda del paciente.

Este es un fenómeno viejo que forma parte de las características fundamentales de la medicina moderna. Pero lo que caracteriza al actual período es que la medicina de los últimos decenios, además de ocuparse de otros aspectos distintos de los pacientes y las enfermedades, comienza a no tener campo exterior. En la sociedad moderna vivimos en "estados médicos abiertos" en los que la dimensión de la medicalización ya no tiene límite.

Por último, otra característica fundamental de la medicina moderna es la constitución de la salud y la enfermedad en fenómenos económicos. Este tampoco es un hecho reciente pues desde el siglo XVIII la medicina y la salud fueron presentados como problema económico. Fue precisamente por exigencias económicas que ella surgió institucionalmente en ese siglo.

En los primeros momentos, lo que se exigía a la medicina era el efecto económico de dar a la sociedad individuos fuertes, es decir, capaces de trabajar, de asegurar la constancia de la fuerza de trabajo, su mejoramiento y reproducción. A la medicina se recurrió como un instrumento de mantenimiento y reproducción de la fuerza laboral para el funcionamiento de la sociedad moderna.

En la actualidad la medicina encuentra a la economía por otro conducto. No simplemente porque es capaz de reproducir fuerza de trabajo, sino porque puede producir directamente riqueza en la medida en que la salud constituye un deseo para unos y un lucro para otros. La salud en cuanto se convirtió en objeto de consumo que puede ser producido por unos laboratorios farmacéuticos, médicos, etc. y consumido por otros —enfermos posibles y reales— adquirió importancia económica y se introdujo en el mercado.

De esta manera, el cuerpo humano se introdujo dos veces en el mercado: la primera, por el asalariado, cuando el hombre vendió su fuerza de trabajo, y la segunda, por intermedio de la salud.

Pero, desde el momento en que el cuerpo humano entra en el mercado por intermedio del consumo de salud, aparecen varios fenómenos contradictorios que causan disfunciones en el sistema de salud y de la medicina contemporánea. Contrariamente a lo que cabía esperar, la introducción del cuerpo humano y la salud en el sistema de consumo y de mercado, no elevó de una manera correlativa y proporcional el nivel de salud. Se produjo así una primera paradoja económica: un crecimiento del consumo que no va acompañado de ningún fenómeno positivo del lado de la salud, la morbilidad y la mortalidad.

La otra paradoja de la introducción de la salud en la economía política es el hecho de que las transferencias sociales que se esperaban de los sistemas del Seguro Social no desempeñaron la función deseada. La igualación del consumo médico, que se esperaba del Seguro Social, se adulteró en favor de un sistema que tiende cada vez más a restablecer las grandes desigualdades ante la enfermedad y la muerte que caracterizaban la sociedad del siglo XIX. Hoy el derecho de la salud igual para todos pasa por un engranaje que lo convierte en una desigualdad.

Son precisamente estas y otras paradojas del funcionamiento del modelo médico de occidente las que han llevado a Ilich y los antimédicos a anunciar la famosa “crisis de la medicina moderna”. Pero, como lo plantea Foucault, todos estos fenómenos son los mismos de todo el desarrollo médico del sistema a partir del siglo XVIII cuando surgió una economía política de la salud, los procesos de medicalización generalizada y los mecanismos de la biohistoria. Lo que vivimos actualmente no es más que la agudización de las contradicciones de este proceso. En esto consiste la pretendida “crisis”.